

# Los peligros de la euforia Suárez

CARLOS ELORDI

**F**RAGA Iribarne, Luca de Tena, Arias Navarro y demás promuevos de Alianza Popular están centrando su campaña electoral en describir con los tonos más encendidos el caos que hoy es España. Y dentro del mismo, estos franquistas de pro insisten con especial interés en la crisis económica. A nadie se le escapa que las dificultades económicas gravísimas que hoy se padecen, y especialmente la falta de perspectivas claras para resolverlas, favorecen una involución política como la que pretenden protagonizar los hombres de Alianza Popular: un millón de parados y una derecha socioeconómica tan amplia y tan poco habituada a las difíciles lides de la democracia son datos a tener en cuenta.

La crisis económica gravita sobre las elecciones: la mayoría de los partidos dedican amplios espacios de sus programas a enumerar largas listas de medidas a adoptar si triunfan en las elecciones, y los comentaristas de la prensa resaltan las grandes coincidencias que existen entre unos y otros proyectos. Y, sin embargo, no se puede decir que exista un proyecto claro, definido y compartido de salida política a la crisis económica, un proyecto al que se pudieran sumar formaciones de muy distinta índole; una salida, en definitiva, que constituyera una alternativa seria frente al peligro de involución que hoy representa Alianza Popular.

No puede ser, evidentemente, el proyecto de un solo partido. Necesariamente ha de ser adoptado por lo que hoy vagamente se define, con graves incertidumbres, como el arco constitucional. Porque cada día que pasa, por encima de los datos coyunturales contradictorios, es más evidente que el proceso constitucional que debería abrirse tras las elecciones, que a trancas y barrancas se está abriendo ya, ha de ir parejo y directamente relacionado, con interacciones de todo tipo, con el proceso de solución de la crisis económica.

## Cerrar un paréntesis

Desde antes de la muerte de Franco, ya desde mediados de 1974, cuando la crisis económica mundial puso al descubierto los fallos estructurales de funcionamiento de la economía española, cuando se empezó a ver, hasta desde las instancias oficiales, que el modelo de crecimiento de 1959 había periclitado definitivamente,

se comprendió que sin transformaciones políticas de fondo, sin democracia, no sería posible resolver los problemas de la economía española.

Durante casi cuatro años, se han sucedido intentos torpes de poner parches a un mecanismo que ya no funciona; de ensayar políticas económicas, por emplear una expresión comprensible no porque lo fueran en verdad, que a los pocos meses había que cambiar radicalmente. Sin sustanciales variaciones en lo político no se podía reorientar lo económico. Es curioso en este sentido ver cómo el señor Arias Navarro se escandaliza ante la crisis, cuando han sido sus dos Gobiernos, por torpeza, por incapacidad y por la obsesión en no atentar a los derechos adquiridos del franquismo en la economía, los que más han contribuido a agravar la crisis. No es que el presidente Suárez se libre de estas críticas, que en lo económico comparte plenamente; pero se podía decir, lo cual no es poco, que se ha limitado a seguir las huellas de su predecesor.

Esa conciencia de que sin resolver los problemas políticos la crisis se iba a agravar ("un año más de reformismo nos llevará a la quiebra", escribía Ramón Tames en esta revista hace ahora diez meses) significaba dos cosas: de un lado, que existía la esperanza en ese cambio político; de otro, que se estaba dentro de un paréntesis que sólo la democracia podía cerrar.

El contradictorio y "sui generis" camino español hacia la democracia, distinto en muchos extremos a los proyectos rupturistas de la oposición, configura a las elecciones del 15 de junio como el primer paso serio, y del que será muy difícil volver, hacia la democracia. Lo cual quiere decir que puede ser, de hecho, el momento oportuno para cerrar el paréntesis del que hablábamos.

Pero la cosa no es tan sencilla, ni mucho menos. Dejando de lado la hipótesis de un triunfo de Alianza Popular en las elecciones, triunfo que podría materializarse sencillamente en que fuera el partido con mayor número de votos, el resultado más previsible es un predominio en las urnas de la Unión del Centro Democrático, que gira, como era de esperar, alrededor de la figura de Adolfo Suárez, presidente del Gobierno.

¿Es consciente el señor Suárez y su Gobierno de la gravedad de la crisis, de su hondura real? Es una premisa básica para poder estudiar las salidas que esperan a la

economía española. Y lo cierto es que numerosos datos de la actuación del Gobierno y algunas declaraciones indican que no se es tan consciente como se debería ser. El ridículo secuestro de datos estadísticos con la estúpida pretensión de ocultar a un país que consume todos los días el agravamiento de la inflación. La ineptitud, en el contenido y en las formas, demostrada por el Gobierno a la hora de presentar, con un exasperante retraso de meses, un programa de actuación económica que en lo sustancial era directa continuación de los aprobados en los últimos años y cuyas promesas más interesantes no se han cumplido, tal y como se preveía desde el momento de su publicación. Una innegable euforia del presidente a la vuelta de su viaje a los Estados Unidos, donde encontró la promesa de fuertes apoyos financieros, euforia que podría demostrar que en la óptica de Suárez con ese apoyo, cuyos peligros son palpables, la crisis va a resolverse.

## Las alegrías de Suárez

Habría que añadir a ello el manejo ligero que se está haciendo de los resultados de las encuestas coyunturales —la del Ministerio de Industria es contestada por otras fuentes— que indican una leve mejoría, pasajera, totalmente pasajera, de la situación industrial y económica.

Son datos que no hacen confiar demasiado en la capacidad de gestión del Gobierno poselectoral que, si no sigue practicando una política tan suicida y franquista como la represión del País Vasco, habría de girar alrededor del presidente Suárez.

Claro está que, aun cuando el protagonismo de Suárez sea innegable y la presencia de sus hombres en las listas de UCD también, la composición del nuevo Gobierno no está todavía decidida y sus propuestas en lo económico tampoco. El encuentro del Rey con el profesor Tierno Galván, el papel cada vez más importante que está jugando Alvarez de Miranda —que podría reforzarse notabilísimamente en el supuesto de un relativo fracaso electoral de las listas democristianas "puras"— son indicios, a lo mejor sólo tanteos, de que una cierta "izquierda" podría estar presente en el Gabinete.

Es demasiado pronto para hacer hipótesis como ésta, entre otras cosas porque en los veinti-

cinco días que faltan para llegar a las elecciones pueden pasar demasiadas cosas que alteren los ritmos previstos. Lo que sí está claro es que la salida de la crisis exige un acuerdo por lo menos tan amplio como el que va a requerir el nuevo texto constitucional. La composición del Gobierno va a influir notablemente en la viabilidad de este acuerdo, es cierto. Pero la necesidad del acuerdo está por encima de la gestión del Gobierno.

"Para salir de la crisis (es necesario que) ese Gobierno de amplia base empiece inmediatamente a trabajar la elaboración de un plan de saneamiento..., para el que no hay otra alternativa que invitar a los dirigentes comunistas en una comisión de redacción de dicho plan". Las palabras anteriores corresponden a Fernando Alvarez de Miranda. ¿Piensa así el presidente Suárez?

Honestamente, creemos que no, pero también estamos convencidos de que o piensa así o tras un respiro más bien corto la situación económica, y con ella la política, se va a agravar. Las tentaciones de recoger el apoyo financiero americano, hacer una devaluación de la peseta, imponer una congelación salarial, hacer reformas técnicas en el orden fiscal y comercial, son grandes para un presidente como Suárez. Como también lo son, en un paralelismo total con lo económico, las tentaciones de hacer una minireforma constitucional.

Esa alegría ante las promesas de dinero fresco procedente de los Estados Unidos le han llevado al Gobierno a prometer una pronta apertura de las fronteras españolas a la Banca extranjera y, concretamente, a la Banca yanqui, aunque también los europeos se llevarían su trocito de pastel. La reacción de los grandes de la Banca, de los hombres del "statu quo", no se han hecho esperar. Y el Gobierno, en una más de sus torpezas, se ha visto obligado a desmentir rápidamente que se fueran a cambiar las disposiciones existentes en esta materia, "antes de 1978". Al igual que tuvo que hacer en su momento con los rumores de la devaluación que Suárez había prometido a los banqueros americanos.

Son algunos indicadores de las reacciones que provocaría esa política económica suicida, cuyo único sostén real serían los Estados Unidos y cuya articulación interna tendría que ser necesariamente autoritaria. Volvámoslo a decir una vez más: hace falta un plan que urgentemente resuelva los problemas más graves, pero que no sea sino el prólogo de un programa más ambicioso de cambios a fondo de la estructura económica. A corto plazo, hay que restablecer la confianza, pero no sólo del gran capital y de las multinacionales, sino de todos los agentes económicos, luchar contra la inflación sin caer en brutales planes de austeridad, como se nos pide desde el exterior, porque ello habría de hacerse a costa de los trabajadores y orquestado con una fortísima represión; buscar el apo-



yo extranjero, pero con una seria programación de los créditos y préstamos y no cayendo nuevamente en la alocada carrera que cualquier lector de prensa diaria puede constatar en las últimas semanas, y por último, hay que relanzar la actividad económica, al tiempo que se sanean los mecanismos de financiación.

En pocas palabras, hay que salir de la crisis, asentando las bases de un nuevo modelo que supere al de 1959. En lo político, la gestión de este nuevo esquema de funcionamiento, que cerraría el paréntesis al que al principio de estas líneas nos referíamos, supondría una democratización de la economía, desde el momento de elaboración del plan hasta su puesta en práctica.

¿Y el pacto social? Hasta Alberto Ullastres ha dicho que hay que llamarlo de otra forma, porque el nombre está deteriorado. Quienes vean como panacea, como pivote de la salida económica al pacto social, se darán de cabezazos contra un muro: socialistas y comunistas y, lo que es más importante, las organizaciones sindicales, aún hoy ilegales, no están dispuestas a aceptar una solución a la inglesa en las condiciones españolas.

Para ellas, el pacto social, cuyas excelencias cantan sólo los empresarios —lo cual podía hacer recordar el viejo lema revolucionario: "lo que interesa al burgués no es bueno para el obrero"— es la clave de una política destinada a que sean los trabajadores quienes paguen la cuenta de la crisis.

Luis Olarra, el empresario más tremendista a la hora de describir la crisis, decía recientemente: "El Gobierno de Suárez ha tenido una gran oportunidad para adoptar medidas de austeridad eficaces si a cambio de las mismas hubiera ido concediendo, como al final lo ha hecho sin ninguna contrapartida, la legalización de algunos partidos políticos con capacidad para haber intervenido en un pacto social".

Una vez más hay que decir que Olarra, desgraciadamente, habla claro: una papeleta tan seria como la austeridad sólo se puede lograr a cambio de un premio muy serio. O, en otras palabras, el pacto social tranquilo, a la británica, es hoy imposible en España. Enajenar una fuerza potencial y real a cambio de una congelación salarial que permita superar los problemas de los capitalistas es algo a lo que no están dispuestas las centrales sindicales.

En la presentación del programa económico del PCE, Carrillo afinaba aún más en el tema. "A cambio del conjunto de medidas económicas y sociales enunciadas, nosotros estimamos que frente a un Gobierno que les mereciera su confianza política los trabajadores que han alcanzado ya un nivel de salario por así decir "europeo" podrían limitar por un período sus reivindicaciones salariales a condición de la aplicación regular de la escala móvil".

### Un plan democrático

¿Cuál es la confianza política de que habla el secretario general del PCE? Probablemente se refiere a un Gobierno decidido a elaborar una nueva constitución que satisfaga a la mayoría de los diputados al Congreso, que sea aceptada por los demócratas. Pero eso no va a ser suficiente: es también necesario que el Gobierno se comprometa a llevar adelante, paralelamente, un plan económico en el que participen todos, como decía Alvarez de Miranda, y que se preocupe por asentar las bases de funcionamiento de la economía en la democracia. En definitiva, un plan que no sea un parche más, de los que tan acostumbrados nos tiene Suárez, sino una solución seria para el futuro.

Si la economía está pesando en las elecciones, más va a pesar después del 15 de junio. Hasta el extremo de que se va a convertir en el punto central de la actividad política. Si hoy se asesina al presidente de Cros, Bultó Marqués, con el evidente propósito desestabilizador de intranquilizar a la clase empresarial, si se rumorean presiones políticas a la baja en la Bolsa, si distintos organismos empresariales directamente vinculados a Alianza Popular exageran a los cuatro vientos los horrores de la crisis, todo ello bien para cambiar el rumbo de los acontecimientos, bien para granjearse adhesiones, después de las elecciones esas tensiones, esas maniobras, van a ser aún más serias si cabe. Es probable que hoy no haya huelga de inversiones en el pleno sentido de la palabra: pero si las cosas no se hacen bien, esa amenaza puede ser más tarde una realidad.

Si el presidente Suárez no sólo se adueña de Centro Democrático, sino que conduce al nuevo Gobierno por la senda del autoritarismo en el terreno de lo económico, si no se atreve a cambiar aquellas situaciones que la crisis exige, no sólo va a parchear para más tarde sufrir aún peores consecuencias, sino que puede provocar seriamente la involución de todo el proceso.

Programa económico democrático y pacto constitucional expreso van unidos, tienen que ir necesariamente unidos. No se puede pensar que la economía es harina de otro costal. ■

## SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

**S. Wolff:** Trastornos psíquicos del niño: causas y tratamientos. (2.ª ed.)

BIBLIOTECA DEL PENSA-  
MIENTO SOCIALISTA

**A. Schmidt:** El concepto de naturaleza en Marx

**G. Prestipino:** El pensamiento filosófico de Engels

HISTORIA DE LOS  
MOVIMIENTOS SOCIALES

**J. Sigmund:** 1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa

**M. Mollat y Ph. Wolff:** Uñas azules, Jacques y Ciampi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV

HISTORIA  
ECONOMICA MUNDIAL

**R. Davis:** La Europa atlántica. Desde los descubrimientos hasta la industrialización

**G. Duby:** Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)

CALLE PLAZA, 5 · MADRID · 33  
Tels. 759 48 09 - 759 49 18 - 759 45 57  
ESCORNALBOU, 12 · Tel. 235 22 08  
BARCELONA · 13

